



Como retrato de aquella sociedad cortesana, tenemos multitud de memorias contemporáneas, donde no se encuentra un personaje sobre el que no corran muchísimas anécdotas, las que también fueron recopiladas en la *Ana*, obra de un talento consumado. Con preferencia á otras, recordaremos á María de Rabutin, hija del barón de Chantal, famoso espadachín, que perdió la vida un día de Pascua por servir de padrino en un duelo, en el cual quedó muerto un hijo suyo. Casada con el marqués de Sevigné, exclamaba: «El me estima y no me ama; yo le amo y no le estimo; y Menage la decía: La peor desgracia que puede haber sucedido al señor de Sevigné es la de haberse casado con vos, pues que todos exclaman: ¡Lástima que tal mujer haya tocado á tal hombre!» Muerto también él en desafío por una *epicurea*, María quedó viuda siendo muy joven, llena de brío, con talento y con aquel carácter expansivo que no procedía de poco discernimiento, sino de su constitución fría, siendo amada sin corresponder, y teniendo el orgullo de las virtuosas: el de excitar pasiones sin querer participar de ellas. Fué galanteada por el poeta Benserade, por el príncipe Conty y por el banquero Fouquet, que estaba dispuesto á metamorfoarse en lluvia de oro; Menage, que para ella compilaba madrigales italianos, y que después se hizo su confidente, la decía: «Después de haber sido vuestro mártir, soy ahora vuestro confesor.» Ella le contestaba: «Y yo vuestra virgen.»

Con los chistes y la broma se libró de las más refinadas seducciones de Bussy-Rabutin y de Saint-Evremond; con su buen sentido se preservó de los sofismas triviales y burlescos del gran mundo; admiró á la Scudery, pero escribe naturalmente «dejando la brida sobre el cuello» á su pluma, en cuyas obras aparece cuán habitual le era el hablar de un modo elegante; aprecia á la Maintenon, pero huye de sus galanterías y de su santurronería; educada en sentimientos religiosos, lee, sin embargo, á Montaigne y Rabelais; echa de menos á Retz y á Port Royal, y no se deja deslumbrar por el esplendor del gran rey; aprendió de los jansenistas á plegarse á los decre-

tos de la Providencia sin quejarse ni indagar; gustaba del campo, aunque entonces era bastante escaso el sentimiento de las bellezas naturales, de lo singular y del silencio; y envejeciendo con tranquilidad sobre el retiro de sus últimos años, puso esta inscripción: «Santa libertad.»

No se la conocía ninguna otra pasión más que un excesivo amor á su hija, «la más hermosa doncella de Francia,» como ella decía. Por ella asistía á las reuniones, y por ella se hizo autora; repetía sus chistes con frecuencia y sólo por ella acogía con oficiosidad las visitas; después, habiéndose separado de ella por causa de su matrimonio con el señor de Grignan, hacia llevadera esta separación con una correspondencia no interrumpida; contaba las horas en que debía llegar el correo, mirando con impaciencia si venía, imaginando desgracias si se retrasaba; y los días en que no le tocaba recibir carta, los pasaba en esperar aquéllos en que debía tenerla. En este comercio epistolar, con ardiente calor unas veces, con dulces confidencias otras, y siempre con una delicada ternura, describe su vida, las costumbres, las lecturas y los caprichos de la sociedad en que vivía con tanta mayor naturalidad cuanto que más pensó formar de ello un libro; así que su gran atractivo es el de ser siempre verdadera y el eco fiel de las opiniones corrientes, las cuales recibía y transmitía con una gracia inimitable.

Aunque sus cartas sólo están llenas de sucesos del momento, todavía son hoy leídas y releídas por aquella mezcla deliciosa de todos los tonos y sentimientos, aquella imaginación tranquila á la vez y animada, aquella armonía del ingenio con el sentimiento, de la dulzura con la fuerza, y de lo sencillo con lo sublime, con la cual nos presenta en acción la sociedad de aquel tiempo, viva y voluble, el fervor religioso y la frivolidad mundana, las fiestas y las aficciones de la corte.

La juventud no había olvidado todavía las orgías del siglo precedente, pero cubría con el barniz de la elegancia el vicio y la vida de abandono y de envilecimiento. Los parientes, los intereses y los partidos comunes agrupaban



á los nobles, estrechando los lazos entre ellos, y haciéndolos altaneros con los plebeyos á causa de la distinción, que, según decían, debía existir entre la corte y la sociedad; cada profesión llevaba distinto traje; el vestido negro más ó ménos largo de los profesores, magistrados, médicos y comerciantes, les distinguía de los cortesanos que le gastaban corto y rico; así como en éstos se descubría por su aire la costumbre de la superioridad y del mando, en aquéllos se observaba la de la obediencia y sufrimiento. Un artesano no podía vestirse de paño como el ciudadano, ni el ciudadano de seda, reservada sólo á las personas del gran mundo; del mismo modo que á las artesanas les estaba vedado el vestir de tafetan, propio de las ciudadanas, que á su vez no debían usurpar el terciopelo á las damas. Aunque había pasado la época de las Preciosas, todavía no había llegado la conversación seria, regulada por Fontenelle, en la cual era un pensamiento y una ocupación el ir á murmurar ó á discutir de ciencias. La pasión dominante era la chismografía, las *conversaciones infinitas*, como dice la Sevigné, y el cuidado más supremo el de no quedarse sin materia, y dar valor á las cosas más insignificantes, más bien por pretensión que por sentimiento. La gracia, sin embargo, era apreciada y el talento aplaudido; gustábase del epigrama: no pudiendo ó no atreviéndose á usarlo contra el gobierno, comentábanse los escándalos de la corte.

Si la Savigné habla más frecuentemente con la cabeza que con el corazón, también en lo que escribe, dejándose llevar del sentimiento, nos presenta el espejo de aquella sociedad. Se ríe de la sangrienta insurrección de los bretones, y se burla del suplicio de la rueda á que se sujeta á los rebeldes vencidos; ataca á su amigo Vivonne, el héroe de Messina, y dice á su hija, *en confianza*, que murió podrido del cuerpo y del alma. Cuando Bossuet renunció al obispado á que no podía atender y se contentó con una sencilla abadía, exclamó para mostrar su sentimiento: ¡Oh, pobre hombre! Cuando dió á luz su *Exposición de la Fé*, escribió á su hija: «Me han dicho que Bossuet hace un libro donde asegura que con tal que

»se crean los misterios, basta, y que desaprueba todas las sutilezas del Santísimo Sacramento, las cuales no son más que herejías. Hé aquí el caso tuyo.»

La religión, insinuada en la primera enseñanza, vivía en el fondo de los corazones; y la educación religiosa que por aquel tiempo recibían todos, era una especie de preparación contra un mundo corrompido, en el cual era preciso vivir de continuas transacciones entre el rigor de los principios y la laxitud de los hechos. Pero muchos sentían la necesidad de creer seriamente, y la Inglaterra no había introducido todavía la moda que llamaban el libre pensar. Por esto se ve á Bossuet extenderse largamente sobre los últimos instantes de los personajes que elogia, y sobre todo de Condé; Fontenelle mismo, recitando elogios de los académicos á medida que morían, y delante de una reunión profana, jamás guardó silencio sobre el modo con que aquéllos habían llenado los últimos deberes religiosos. Con la mayor frecuencia veíase después á muchas personas de una vida disoluta recogerse á Dios, porque los errores procedían de los sentidos, sin atravesar el hielo del racionalismo ni del sarcasmo. Hablando de Port Joyal, se nos presentarán frecuentes ejemplos de personas de mérito y cualidad encerradas en el claustro ó en el retiro. Aquí debemos hacer mención de Ana de Gonzaga, princesa palatina, que hizo un papel principal en los sucesos de la Fronda, y que convertida después á Dios mereció los elogios fúnebres de Bousset. La Sabliere, una de las mujeres de la clase media más ingeniosas de aquel tiempo, robaba los marqueses al gran mundo para atraerlos á su círculo; habiendo criticado un error de ciencia y de lengua en Boileau, mereció el desprecio de éste, que se desahogó en una sátira; protegió generosamente á La Fontaine, y reprendiéndola un pariente suyo, hombre grave, porque á cada instante cambiaba de amores, y diciéndole que á lo ménos los animales no aman sino una vez al año, ella respondió: «precisamente porque son bestias.» Ultimamente también ésta se refugió en la devoción y en la asistencia de los pobres, y escribió los *Pensamientos cristianos*,





que bien pueden figurar entre los muchos libros piadosos de aquel siglo.

Ana Genoveva, hernana del gran Condé, impulsada á la meditacion á consecuencia de las primeras desventuras de su familia, aunque mujer de sentimiento y con un espíritu investigador decidió hacerse monja, y cuando su madre trató de llevarla á un baile se presentó en él bellísima, en su figura y en el vestido, pero llevando siempre escondido debajo de este el cilicio. Inútil defensa contra tantas asechanzas, á las cuales cedió demasiado pronto, llegando á ser el ornato del círculo Rambouillet, donde le eran tributados los suspiros de los galanteadores, los homenajes de los poetas y las lisonjas de los magnates togados y purpurados. En su reciente deseo de emociones cambió de amores con frecuencia; casóse por fin con el duque de Longueville, y despues de haberle abandonado, corrió á reunirse nuevamente con él para poner á cubierto, no su virtud, sino su reputacion, y obtener más elogios que una reina.

Ni áun los cuidados de la maternidad pudieron tenerla quieta; y necesitó tomar parte en todas las intrigas de la Fronda para no fastidiarse. Prescribía á su capricho las acciones del príncipe de Conty y el gran Condé sus hermanos, y áun del mismo Retz; ensalzada por el pueblo hasta las estrellas, dirigió á los combatientes en los sitios y en las barricadas, y estipuló de igual á igual con Ana de Austria una paz en la que hizo dar gobiernos á sus hermanos y un baile en su obsequio. Pero cambiando de repente la fortuna, se vió obligada á vagar incógnita hasta las orillas del mar; encontró á Turena, y recobrando con él su antigua prosperidad, decidió otra vez de la suerte de Francia, y el Parlamento la proclamó inocente, y «sólo culpada de lesa amor.»

Sin embargo, entre aquel delirio de ambicion y de deleite, lo asaltaban nuevamente los sérios pensamientos de su juventud, y escribía á la abadesa de las Carmelitas: «Mi más ardiente voto es el de ver concluida esta guerra para refugiarme á vuestro lado, y terminar la vida léjos del mundo. Pero no puedo hacerlo hasta que la paz no esté asegurada. No parece

que se me ha dado la vida, sino para hacerme sentir todo su peso y amargura; cuanto me unia á ella está roto ú hollado. Escribidme con frecuencia, y sostenedme en el disgusto que experimento hácia esta terrestre peregrinacion.»

¡Ella, tan galanteada, tan aplaudida, ella el primer personaje de Francia! Sólo tenía treinta y cuatro años cuando se retiró, y volvió á su marido perdonando y perdonada. A la muerte de éste prodigó muchísimo en obras de caridad, en reparacion de los males que habia causado durante la Fronda; puso en libertad á novecientos presos por deudas; mil personas estaban inscritas en la lista de sus limosnas, y aceptando como expiacion el desgraciado fin de sus hijos, dejó á la posteridad un monumento de edificacion en sus cartas y en sus memorias.

Del mismo modo hemos visto tambien á la Vallière expiar en un claustro el delito de haber amado demasiado. La Montespan construyó un magnífico colegio, llamado de hijas de San José, para instruccion de las niñas, al cual se retiró despues de su caida. Por una noble emulacion, preparó tambien la Maintenon el colegio de Saint-Cyr para las nobles pobres, como ella habia sido, y al morir su régio esposo se retiró á él para pasar allí el resto de su vida. Al aproximarse la Pascua, solian recogerse todos al retiro, «á aburrirse por amor de Dios,» como decia la Sevigné.

De esta manera es como puede explicarse, en medio de aquel fausto y de aquella disipacion, el interés que se tomaba por las cuestiones de la Gracia, el misticismo de la Guyon y el amor puro de Fenelon, y cómo los «Provinciales» de Pascal pudieron hacerse un libro de moda.

Sin embargo, entre tanto refinamiento, el buen tono toleraba algunos vicios torpes, porque la moral con mucha frecuencia ha sido connivente ó con el imperio de la moda ó con las distinciones sociales. No deshonraba el usar trampas en el juego, cuya pasion llegó á ser dominante desde la época de Mazarino; á un noble no le resultaba infamia por ser procesados por raptos ni por violencias; el cargar-



se de deudas, y el engañar y no pagar lo que se debía se tomaba por desenvoltura, y Luis á cada instante tenia que dar órdenes de próroga, ó pagar las deudas de aquellos que á él recurrían. El mismo jugaba gruesas cantidades, así como sus hijas, y más gruesas todavía su hermano y el delfín. Despues que entraron los escrúpulos, las damas, al fin del sarao regalaban al vencedor lo que habian perdido, como queriendo burlarse de Dios y de la conciencia. De este modo, estafadores y falsarios se introdujeron en la sociedad, siendo bien recibidos, porque eran cínicos y jugadores. Otros se proporcionaban dinero con solicitar los bienes de los confiscados ó de los suicidas, y denunciando lo mal adquirido; y al hombre de bien substituyó el hombre de mundo.

La conversacion con las damas comunicó frivolidad á las reuniones; el espectáculo del desórden no excitaba la vigorosa indignacion de las almas honradas, sino la indiferencia respecto de los principios, la duda sobre las opiniones respetadas, la mofa y el cinismo; y la vanidad hacia sucumbir más mujeres que las inclinaciones sensuales. La desnudez de las expresiones en Molière da indicio de las costumbres deprabadas de la época; la galantería es en sus comedias un juego irreprochable; en el «Anfitrión» se disculpa y áun se justifica el adulterio, se indican las intimidades del tálamo; y dirigiendo los golpes contra la devocion, el autor favorecia el desórden, tomando por hipocresía el no secundarle. La Rochefoucauld decia, «que eran muy pocas las mujeres honestas que no estuviesen cansadas de su profesion;» La Bruyère que «muchas mujeres son ménos conocidas por el nombre de sus maridos que por el de sus amantes,» y que «los devotos vendrian á ser ateos bajo el imperio de un rey ateo.» ¿Qué más? Tan desarrollada estaba la corrupcion, que ya inspiraban asco las mujeres, y Bourdaloue tuvo que anatematizar un vicio que la Sagrada Escritura ni áun quiere que sea nombrado, y el cual fué acompañado de amores semejantes en el otro sexo.

Por tanto se hizo célebre la Ninon de Lenclos. Dotada de esa hermosura que no sucumbe á los años, educada cuidadosamente por os

mejores autores, bailaba como una Gracia y poseía la música como una Musa; era notable para descubrir el ridiculo de las cosas; de carácter igual y sencillo, por cuyas razones se atrajo pronto la admiracion de la ciudad. Su padre, noble de Turena, la habia educado en un amplio epicureismo, y á la hora de su muerte le dijo: «Aprovecha un tiempo precioso, y no seas escrupulosa en el número, sino en la eleccion de tus placeres.» Tal educacion, alimentada por un temperamento ardiente, hizo que mirase al amor, no como un sentimiento, sino como una sensacion que no debia dejar ni arrepentimiento ni gratitud. A los quince años, dueña ya de sí, colocó sus bienes en rentas vitalicias para asegurarse una renta estable, rechazó toda idea de matrimonio y de cuidados, y haciéndose superior al pudor de su sexo y de las costumbres, no pensó más que en los placeres, en gozar las adulaciones de sus mil aduladores, y en recompensarlos con favores fáciles, y sin embargo ambicionados, y sin embargo no viles.

La calle de Tournelle donde habitaba, llegó á ser el polo opuesto de la moral severa de Port-Royal y del alambicado platonismo de la sociedad Rambouillet. Profesándose allí en teoría y en práctica el epicureismo, resucitado por Gassendi, cambiaba sucesivamente de amantes, abandonándose á cada uno de ellos con el ímpetu de una pasion única para mudarla en breve por otra: á uno escribía: «Espero amarte por tres meses, cuyo tiempo es para mí la eternidad;» al suplantado le anunciaba lealmente que su reinado habia concluido, reinado que ninguno alcanzaba sino con conocimiento de su breve duracion; á los amantes degradados los convertía en amigos, y fiel en extremo para con este sentimiento más tranquilo, los ayudaba, los socorria y los procuraba honores y empleos. La Chatre quiso tener de ella un billete, en que le protestase que le amaria eternamente y á él solo; se lo escribió en efecto, y poco tiempo despues exclamaba en los brazos de otro: «¡Oh qué magnífico billete tiene guardado La Chatre!» Hallándose madre, sus amantes jugaron á los dados una paternidad que ella misma no podia asegurar. Mientras que en casa





de Rambouillet se estudiaban las palabras, se rebuscaban las ideas y se andaba á caza de cumplimientos exagerados, en la de Ninon todo era natural, todo gracias desnudas, y no habia nada de académico ni de fisonomías constrictas; allí se aprendia á quitar el nombre de delito á los dulces errores, y llamar placeres á los vicios delicados. Clasificaba sus amantes en pagadores, mártires y favoritos; y aceptaba de ellos dádivas muy raras veces, y mucho menos de aquellos á quienes mas habia concedido.

Se tenía en mucho el ser admitido en sus círculos para completar la propia educacion y adquirir maneras elegantes; las madres anhelaban que aceptase sus hijos; mujeres de reputacion melindrosa, aquellas mismas hipócritas á quienes ella llamaba las *jansenistas del amor* pretendian ser sus amigas; la Maintenon, que habia sido protegida por ella en su humilde fortuna, cuando se vió en la prosperidad trató de llevarla á la corte; Cristina de Suecia confesó que ninguna francesa le agradaba tanto como la *ilustre Ninon*, y aquella princesa hizo todo lo que pudo por llevársela á Roma.

Los ingenios más famosos partian con ella el incenso que quemaban á Luis; Molière la consultaba sobre sus obras, y de su larga experiencia sacaba caracteres y escenas; la condesa de Olonne, tan conocida por su belleza y por el gran número de sus amantes, la condesa de Suze aplaudida por sus elegias, el poeta Waller, la señera de Mazarino, la Mancini, el satírico Saint-Evremond, el ingenioso La Rochefoucauld separado de la antigua sociedad, así como la novelista madama La Fayette, Gourville y otros muchos, todos ofrecian homenajes á la «nueva Aspasia, nueva Tais de los sábios de las Atenas Galicana.»

Despreocupada en puntos de religion como en los de moralidad, en vano los Jansenistas y Port Royalistas trataron de atraerla á su partido; ella se reia de los Molinistas y Jansenistas que se disputaban su alma, como los amantes su cuerpo; sin embargo de esto, decia á Saint-Evremond: «Doy gracias á Dios todas las noches por mi alma, y le ruego todas las mañanas que me preserve de las imprudencias de mi

corazon.» De este modo llegó hasta la edad de noventa años, sin perder el ingenio ni los amantes. Queriendo una vez sustraerse á las exigencias de un jóven que estaba enamorado de ella, le declaró que era su madre y el se suicidó á sus piés.

Lo que todavía llama más la atencion entre aquellos refinamientos, la frecuentísima mencion que se hace de tósigos, de astrólogos y de adivinos. Enriqueta de Inglaterra murió en, venenada, envenenados se dice que murieron los dos Delfines, la duquesa de Borgoña, Louvois y otros muchos. La marquesa María de Brinvilliers amó al jóven Saint-Croix, el cual, á instancia del marido fué preso en la Bastilla, donde conoció á un tal Elisi, italiano, que se decia que habia envenenado en Roma á ciento cincuenta personas en tiempo de Inocencio X. Saint-Croix aprendió de él el arte de los venenos, y al salir de la prision se lo enseñó á su amada, la cual decidió matar á toda su familia para casarse con el amante. Despues de haber ensayado la eficacia de estos venenos por medio de bizcochos que llevaba á los enfermos del hospital, mató en pocos años á dos hermanos á una hermana y á su padre, no pudiendo hacer lo mismo con su marido, porque Saint-Croix le proporcionaba antidotos, decidido como estaba á no casarse con aquella mujer infame. Las memorias de aquel tiempo añaden que habiendo sabido que á una jóven querian encerrarla por fuerza en un convento, le prometió socorrerla, y al momento dejaron de existir sus padres. Saint-Croix, destilando venenos murió asfixiado, y se le encontró una cajita designada como de la Brinvilliers, llena de venenos y de cartas, y entre ellas una confesion general de su vida. Por estos crímenes fué decapitada y quemada, y enrodado un criado de Saint-Croix sospechoso de complicidad con él.

No por esto cesaron los envenenamientos, y las revelaciones hechas por la marquesa al tiempo de morir hacian que se atribuyesen á malicia todas las muertes repentinas ó las enfermedades extraordinarias; el nombre sarcástico de «polveros de sucesion difundia un profundo sobresalto; por lo que, á causa del clamor general, tuvo que establecerse un tribu-



nal especial que juzgase estos casos. La principal acusada fué la Voisin, que como comadre, charlatana y tercera habia establecido una rica casa. Presa por envenenadora, delató como cómplices suyos, tal vez por salvarse, á muchas personas de la primera esfera, entre las que figuraban la duquesa de Bouillon, el mariscal de Luxemburgo y la condesa de Soissons, madre del príncipe Eugenio de Sava. La Voisin despues de ser careada y de haber sufrido la tortura, fué quemada, conservando un valor cínico hasta los últimos momentos. Un hermano suyo, La Vigoureux, y el sacerdote Lesage sus cómplices, fueron condenados á várias penas, y tal vez su culpa consistia únicamente en el antiguo delirio que existia de buscar el polvo de proyeccion con que hacer oro.

Las venganzas son otro de los caracteres distintivos de aquel siglo, las cuales no se ejecutaban en el primer ímpetu de la cólera, sino por deber, con reglas prescritas por lo que se llamaba pundonor, y en ellas tomaban parte toda una familia, una clase y á veces un país entero. El noble debia ejecutarlas por sí mismo con su espada, y de aquí nació una ciencia particular, la caballeresca. Las reglas de esta ciencia, así como los maestros más reputados de esgrima, vinieron de Italia, país que desgraciadamente hace memoria de más de cincuenta escritores, legistas la mayor parte, que hablaron de tal materia, que aplicaron á ella las reglas de la jurisprudencia. En estos libros se trata del modo de buscar pendencias, de mudarlas, aumentarlas, fijarlas y abandonarlas; de las excepciones dilatorias y perentorias; de cuál de los contendientes ha de llamarse vencedor cuando mueren ambos, del movimiento más vergonzoso, y de las armas que es más deshonesto perder; de las cincuenta fórmulas de cláusulas diferentes para poner en los carteles; del modo de aclarar, rechazar ó reprimir; si se ha de aceptar también á los plebeyos ó solo á los iguales; si la eleccion de armas y designacion del campo corresponde al provocador ó al provocado, y cuáles son las armas caballerescas. Además se ocupan en sutiles definiciones sobre el honor y sus especies, y si está en el honorante ó en el

honrado sobre la injuria, considerada en su cualidad, cantidad, relacion, accion, pasiones, sitio, tiempo, lugar, causa y haber; dividen las injurias en vueltas, revueltas, compensadas, redobladas, propulsadas, devueltas, rechazadas, obligadas, voluntarias y voluntario-necesarias ó mixtas.

Viene despues la doctrina del «cargó», esto es, de la obligacion de resentirse, rechazar, repulsar, probar y reprobar. Luégo definen la enemistad y el resentimiento, la venganza trasversal, la ventaja, la superchería, el asesinato, el medio indirecto, el mal modo, la traicion y la perfidia; cuándo se ha de tomar resentimiento por otro, y si una injuria queda borrada por otra igual. El «espejo del honor» enumera una larga série de conjeturas, «callando hasta ciento y mil más que podian añadirse.»

¡Cálculense ahora cuán largamente no debian tratar tales escritos del mentís, objeto principal de este estudio! El mentís, segun ellos, es afirmativo, negativo, universal, particular, condicional, absoluto, privativo, positivo, negante, infinitivo, cierto, simple y singular; general por la persona, general por la injuria, y general por ambas; sobre la voluntad, sobre la afirmacion y la negacion; válido, inválido, injurioso, supositivo, circunscrito, encubierto, vano, nulo, escandaloso, verdadero, dado verdaderamente, falso y dado falsamente; siguen despues los legítimos, impertinentes, ridículos, desordenados, universales de cosa particular y particulares de cosa universal. ¡A mayor abundamiento, emplearon gran trabajo para distinguir el «mentís» válido del no válido, al actor mentido injuriante del reo mentidor injuriado, al actor provocante del actor provocado! Además discutian acerca del probar y del sostener, y del actor que se finge reo, del actor interpretativo que opone las excepciones de compensacion, y del actor que tiene carácter de reo provocado por la forma de sus palabras.

Y si llegaron á conciliar sobre estos puntos las opiniones discordes, nuevos gérmes brotaron entonces de cuestiones sobre las satisfacciones y sobre la paz universal ó particular, interna ó externa, natural, civil, pública y do-